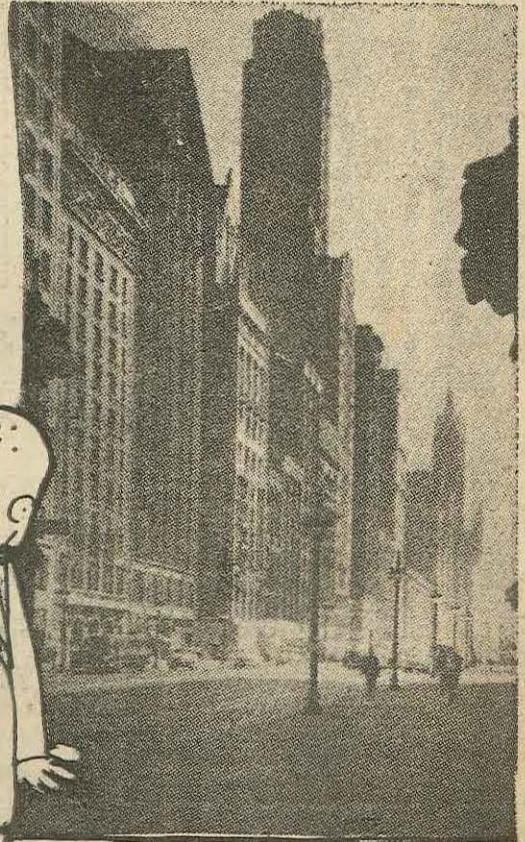
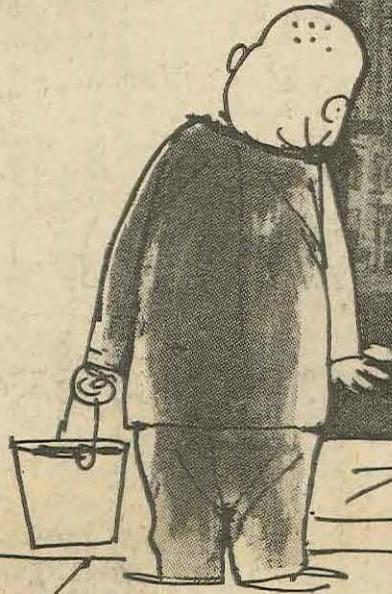
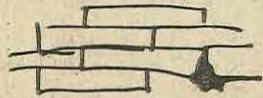
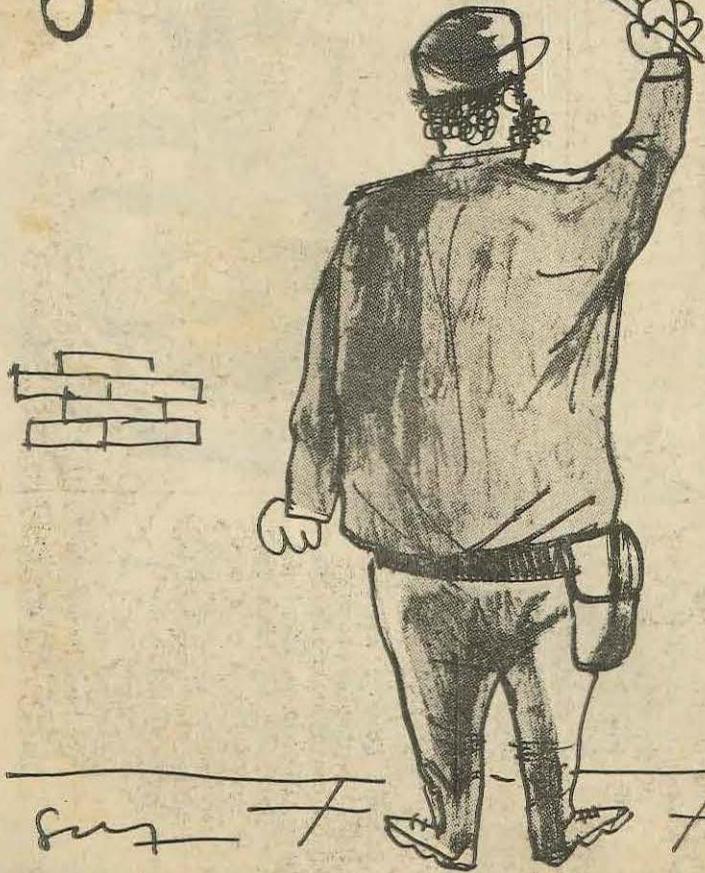


Yankers, go home



5/27

LA PRIMAVERA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

HA llegado la Primavera —escribí en 1927, iniciando una composición escolar alusiva— y los prados se cubren de flores y las abecillas triscan en los verdes hárboles y la suave brisa sopla y el tibio sol reconforta al noble anciano y llo salga al campo con el alma llena de goso y hago un ramo de florecillas para onsequiar a mi querida maestra Sñrta. Orfilia.”

La digna educacionista de 4º año C, al leer mis conceptos, sonrió emocionada detrás de sus numerosas verrugas y exclamó estentóreamente: “Taruccini, gozo va con zeta, pero lo demás es muy hermoso. Muy Bueno Sobresaliente, Taruccini, y lo felicito. Los demás niños, que aprendan de Taruccini”. Después se rascó con delicadeza el acné virginal que, a impulsos de la nueva estación, comenzaba a reponerse en el reseco cutis que vestía sin interrupción desde hacía nueve lustros, y entró definitivamente en mi memoria como la primera persona que descubrió una correlación sentimental entre la Primavera y yo.

Desde esos lejanísimos 20 años —porque he omitido decir que estudiaba en la Escuela Nocturna— la Primavera fue constituyéndose en mi obsesión. A fines de 1928 dejé de ir a clase, ya que al mudarme a una pieza amueblada que quedaba a dos cuerdas de mi oficina no necesitaba ya el abono tranviario, pero no cesé de pensar en la Primavera. Prados esmaltados de florecillas, tibias brisas, pajarillos canoros, poblaban mis sueños célibes. Fue sólo hacia 1933 que comencé a considerar la existencia del género femenino como elemento complementario de mis veladas imaginativas, al suscribirme a *Mundo Uruguayo* y encontrar allí audaces fotografías de bañistas de sociedad en la Playa de los Pocitos. Entonces añadí una casta doncella a mis ensoñaciones. Al año siguiente, la doncella, que hasta entonces sólo asomaba su rostro de camafeo agazapada entre un macizo de petunias y asfodelos, se multiplicó; para la época del Golpe de Estado de Terra, las doncellas eran ya sesenta y cuatro, que vagaban por los mencionados prados con los rubios cabellos flotando al aire y tañían doradas liras mientras entonces epitalamios. Luego de cinco años más de indecisión me atreví a dejar caer en algo sus flotantes cendales, descubriendo ciento veintiocho hombres ebúrneos y tentadores. Y poco después de la Segunda Guerra Mundial, siendo ya Tenedor de Libros del Bazar y Ferretería “Duque de los Abruzzos”, esa pendiente hacia el erotismo me condujo a eliminar completamente los cendales.

De allí en adelante, cada 21 de setiembre desataba al fauno que en mí dormía. Ese día, que previsoriamente había hecho coincidir con el comienzo de mis vacaciones anuales, me levantaba temprano, me higienizaba someramente, bebía una taza de café, impregnaba mis sienes con agua de rosas y,

previa ingestión de un somnífero suave, volvía al lecho. Me bastaba cerrar los ojos para que las doncellas treparan por mi modesta cama de bronce, tañieran sus áureas liras en mis oídos y ejecutaran graciosas evoluciones coreográficas entre mis modestos y escasos muebles. El día transcurría rápidamente, de este modo. El crepúsculo vespertino me encontraba coronado de asfodelos, revestido de una bata de brocado púrpura que mandé confeccionar copiada de la de Lionel Barrymore en “El regreso del hijo de Rasputín”, y bebiendo hidromiel en un ánfora de Tanagra. Al día siguiente la bata había vuelto al depósito de alfombras de Assimakos, al ánfora al ropero y yo al sombrero pero familiar despacho del bazar, que compartía con una partida de loza sanitaria con pequeñas averías y un ser ambidextro del sexo femenino, que exhibía como prueba de su condición humana el caminar erquido sobre sus miembros traseros y poseer pulgares prensiles, y además de ser bizco y padecer un impresionante tic mandibular, era hija del patrón y me amaba en secreto. Pero aquella embriagadora jornada del día 21 había colmado todas mis aspiraciones por un año más, y me hacía volver con gozosa indiferencia al Libro Mayor y al vago efluvio sepulcral que emanaba de mi compañera de tareas. Yo era feliz, lo juro.

Mi perdición consistió en no contentarme con mi pequeña felicidad. Año a año, después de que en una desdichada oportunidad cayó en mis manos un libro de poemas de una señorita llamada Dara Isella Russell, prologado por una señora Juana de no-sé-qué (porque lo compré en la feria y le faltaba un pedazo de página), aprendiendo allí las ventajas de ser telúrico, panteísta y pagano, se desató en mi un vago desasosiego. Si hubiera sabido lo que ahora sé lo hubiera calmado en la forma habitual; esto es, haciéndome socio de la AUDE o iniciando un intercambio epistolar con la escritora Laura Cortines a propósito de la revolución cubana. Pero en esos momentos apenas sabía escribir de corrido —aunque ello no hubiera sido obstáculo, realmente— y Fidel Castro sólo tenía 14 años de edad, estudiaba en el Colegio de los Padres Palotinos y pedía al padre cocinero que le dejaran ejecutar los pollos del almuerzo los domingos. Pero divago, llevado por la natural indignación que me produce la sangrienta tiranía que aflige a la bella Isla del Caribe. Regreso, pues, al tema.

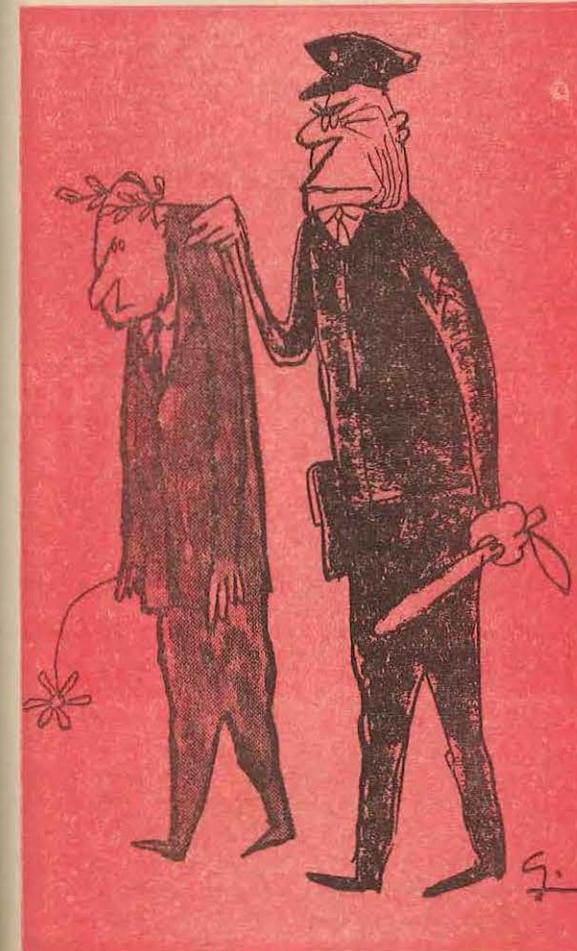
La lectura de ese tomito, me enardeció. Recuerdo especialmente un soneto, cuya primera parte, decía:

*Fiera de amor, como el lobón de Gubbia,
cual tanguido camello, de piel sedosa y rubia,
yo subiré a mirarte por los lirios morados,
a infligirte los versos que tú me has prologado.*

A partir de ese momento, mi imaginación se desató

más que nunca. Y en los sucesivos 21 de setiembre —cada vez más, cada vez mejor— fui dando forma a un pensamiento monstruoso y fascinante: yo, Lupericio Mezzotoni, oriental, soltero, 53 años, tenedor de libros, debía llevar a la práctica mis ensueños primaverales; entre otras cosas, porque creo que el hombre, por lo menos una vez en la vida, tiene derecho a hacerse el gusto. Unos desfalcan la caja del Banco donde han sido fieles servidores durante cuatro décadas; otros, como mi recordado amigo Alain Dolcevitto, ponen en el tocadiscos el Preludio y Fuga de Bach en Re Menor, y se pegan un tiro en la sien; otros, votan a Chicotazo. No importa cuán horrible sea el paso a dar. La cuestión es darlo. Y yo, estaba decidido a poner el pie en el ignoto territorio del placer.

Elegí para ello el 21 de setiembre de 1960. Ese día me levanté como de costumbre, y luego de las abluciones matinales, por primera vez en mi vida, no me puse la bata de brocado. Elegantemente



vestido con un ambo de dacrón, gris paloma, con una camisa rosada y una corbata de lana bouclée color borra de vino, salí a la calle, para disfrutar del sol primavera, de la tibia brisa y de los canoros pajarillos. Al pisar la vereda, un trolebús que pasaba raudo lanzó un chijete de barro, ya que el pavimento se encontraba lleno de pozos y empapado por la persistente llovizna. Disimulando mi enfado, proseguí con mi plan, y me dirigí al Centro. Una vez en la Plaza Libertad, me aposté en un lugar estratégico, bajo las palmeras, pero no oí absolutamente ningún pajarillo canoro, pero me aturdió un vozarrón aguardentoso que mugía cada pocas segundos: “Pasajeros parra Pirriápolis, Pan de Azúcar, San Carlos y Punta del Brrr. Cochenúmerobrrrr. Puedbrrrsalirrr.” “No se puede tener todo”, reflexioné filosóficamente, “pero estoy seguro que lo principal será obtenido”. Alisando mi bigote y enderezando mi corbata, exploré la vereda, y mi corazón dio un salto. A cincuenta metros, venía Ella. Sólo la modernísima toilette —slacks verdes, mocasines de gamuza y sacón entallado amarillo, con botoncitos de oro en forma de abeja— la diferenciaba de los flotantes cendales que usaba en mi sueño. Tampoco tenía la lira en la mano —la habría tirado, seguramente—; pero sus rubias guedejas, sus ojos rasgados y violetas y su piel nacarina, la hacían inconfundible. Temblando como un miserable, me acerqué a la maravillosa criatura. “Señorita —le dije—, ¿me permite una palabra?” Pronuncié estas palabras y recibí un espantoso mazazo en la nuca, que me derribó como un buey. Y mientras era pisoteado por un gigantesco hombre de color que gritaba: “Yo te via’dar, viejo verde, meterte con el Raquelo. Yo te via’dar”, sollocé al oír a mi criatura soñada, reír cristalina-mente: “Dale, Bufoso, dale duro a ese vejete. Así aprenderá a respetar a los muchachos decentes como yo.”

No sé muy bien qué pasó después. Sólo recuerdo que, horas después, me incorporé del cantero donde yacía entre desperdicios varios, me coloqué la corona de laurel que llevaba en previsión de las proyectadas orgías, y aullando como un lobo tré er. la trastienda del Bazar y Ferretería “El Duque de los Abruzzos”, me arrojé sobre la hija del patrón y desgarré sus vestiduras entre espumaraños de risa satánica. Ahora son las 2 de la mañana, y escribo esta carta póstuma en una celda de la Cárcel Central, acusado de ultraje al pudor y minutos antes de cometer suicidio. Me han sacado los cordones, el cinturón, la corbata y todo instrumento cortante, pero no importa. Cuando me lleven ante el Comisario de Guardia, diré solamente “Viva la huelga textil” y todo habrá terminado. Señor Juez, que no se culpe de mi muerte a nadie más que a la Primavera.